

EB.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 374

50 Cts.



**La Nave
Sangrienta**

Hobart Bosworth
Jacqueline Logan
Richard Arlen

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya

SEITZ, George B.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración { Teléfono 18551

Año VII BARCELONA N.º 374

La nave sangrienta

(THE BLOOD SHIP, 1927)
Cinedrama de NORMA SPRINGER

interpretado por

Hobart Bosworth, Jacqueline Logan

y Richard Arlen

ARTHUR RANKIN



PRODUCCION COLUMBIA

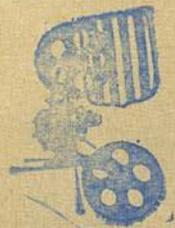
Príncipe Films, S. L.^{da}

Aldamar, 7 y 9 - SAN SEBASTIÁN

Aragón, 249 - BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de

REX LEASE





La nave sangrienta

Argumento de la película

Era a mediados del siglo XIX, cuando las quillas de los veleros escribían estrofas de su gesta en las aguas de todos los mares.

Como un fantasma de la noche, la fragata "Captain Kid" navegaba, con todas sus velas desplegadas, hacia San Francisco de California.

A bordo del velero no se respetaba otra ley que la ley despótica y cruel de su capitán.

El capitán Felipe Golder era el terror de las tripulaciones que hacían en su barco las veces

Revisado
por la censura gubernativa

de galeotes. Su razón era el látigo, su seguridad el revólver.

Cierta vez uno de los marineros desobedeció las órdenes del capitán, pero éste después de infligirle severísimo castigo, le gritó:

—Dime ahora, cobarde... ¿Sigues aún con la intención de sublevarte?

El desgraciado que se hallaba herido calló, y todos sus compañeros se alejaron rencorosos con el alma deseosa de venganza contra aquel capitán que les trataba con dureza salvaje.

Aquella nave del infierno llevaba un ángel a su bordo: María, a quien todos llamaban la "hija del capitán", jamás habituada al doloroso espectáculo de la crueldad de su padre.

Augusto Moran era el segundo de a bordo. Si el capitán era el tirano que ordenaba, él era el verdugo ejecutor.

Moran viendo a los marineros que murmuraban desolados ante el castigo infligido a su camarada, dijo al capitán:

—Todos esos hombres desertarán en cuanto

arribemos a San Francisco. Habrá que tomar una nueva tripulación.

Golder se echó a reír brutalmente.

—Ninguno de ellos cobrará su salario —dijo—. Sería una necedad pagarles cuando podemos hacerles correr.

—¡ Naturalmente! ¡ Buscaremos a otros, y en paz!

María, la hermosa criatura, se había acercado al pobre marinero herido y le prodigaba sus consuelos.

Golder pasó ante ella y frunciendo el ceño por la actitud de la joven, le dijo:

—En lo sucesivo, recuerda que la hija del capitán no debe mezclarse con la marinería.

—¿ No tengo derecho a curar a un hombre? — protestó ella.

—No es tu oficio. Eres mi hija, y debes vivir aparte.

Una sonrisa de frialdad cruzó por el rostro de la doncella.

—¡ Ah, en este barco no es ningún honor ser la hija del capitán! — murmuró.

—¿Qué dices? No me faltes porque si no...
¡Habrás visto! Aquí no háy más que un amo
y todos me obedecerán...

Y continuó su camino por cubierta en compañía de Moran como un rey absoluto que considera esclavos a todos sus súbditos... Y allí lo eran en realidad.

* * *

San Francisco de California en aquellos lejanos días conservaba su estilo de antigua ciudad colonial y no soñaba aún con ser el Nueva York del Pacífico.

Cerca del puerto se levantaba una taberna, refugio de la marinería venida de todas las partes del mundo.

¡Una Babel en miniatura...! Era como si la resaca arrojase al puerto la escoria humana que recogía en todas las playas del mundo.

Gente de baja estofa, hombres fuera de la ley, desesperados de la vida, marineros sin ocupación, antiguos criminales, de todo había en aquel tabernucho del puerto.

Constantemente había peleas y discusiones y

salían a relucir cuchillos y puñales y a veces la Muerte hacía su aparición penetrando allí como una ráfaga helada. Pero aquellos brutos estaban acostumbrados a su visita.

Garito de tahures, si algún desgraciado y buen marinero entraba allí, se le obligaba a jugar y era despojado en el acto de cuanto llevaba. Si perdía, porque perdía. Si ganaba se le obligaba a perder a la fuerza por medio de trampas o abusando del matonismo.

¡Una verdadera cárcel suelta!

Un sacerdote anglicano, el reverendo Pedro Reid, se esforzaba por introducir la palabra de Dios en aquellas almas encallecidas en la lucha por la vida.

Bien es verdad que su predicación tenía poco éxito y muchas veces estuvo a punto de suscitar conflictos.

Un día cuando el sacerdote Reid se disponía a entrar en la taberna para ejercer su misión de apostolado, vió salir de ella a un pobre hombre que lloraba desesperadamente.

—¿Qué tienes, desgraciado? — le preguntó.

—¡Me lo han quitado todo, todo...! ¡Y ese

maldito “Cuervo” no me deja ni el consuelo de protestar!

—¿Por qué jugaste? ¡Ah, pero ven, reclamaremos que te devuelvan tu dinero!

—¡No, yo no entro...! ¡Entre Larsson y el “Cuervo” me matarían!

—Debías entrar.

Alejóse la víctima, y el sacerdote revistiéndose de aquel noble valor que siempre usaba en ocasiones, penetró en el infecto local, horrendo como un sepulcro.

Hans Larsson, era el dueño de aquel infierno. Un astuto personaje que, sonriendo beatíficamente, bordeaba el Código Penal, bien protegidas las espaldas por los músculos del “Cuervo,” matón del establecimiento.

El cura llegóse hasta ellos y les dijo:

—¡Por lo que veo siguen ustedes despojando a los infelices que entran aquí!

—¿Despojar? ¡De ningún modo!—protestó Larsson—. Si tienen mala suerte, ¿qué le vamos a hacer?

—La mala suerte es que topen con vosotros. ¡Y esto no puede continuar, Larsson! ¡No

pararé hasta ver destruída esta cueva de ladrones!

El cura ocupó un sitio lejano, y Larsson se lo quedó contemplando con su sonrisa burlona pero terrible.

—A ese cura le está haciendo falta un viajecito por mar — dijo.

—¿Qué?—dijo el matón “Cuervo”. — ¿Lo embarcará usted... a la fuerza?

—Me parece que sí... Debemos quitárnoslo de delante... antes que “corrompa” a nuestros clientes.

—Es un gran enemigo, mejor que pongamos mar por medio.

Alguien había escuchado esta conversación.

Era un joven que se hallaba sentado a una de las cercanas mesas del mostrador.

Llamábase Fernando Grey y era un marinero recién desembarcado. Su optimismo juvenil y la solidez de sus puños eran toda su fortuna. Pero, ¡qué puños y qué optimismo!

Levantándose dijo a Larsson con aire amenazador:

—Lo he oído todo, “Matusalem...” y me per-

mito darle un consejo: ¡ande usted con cuidado!

Larsson, sorprendido de aquella valentía, le respondió:

—Muchacho, un consejo se paga con otro... “En boca cerrada no entran moscas.”

—Por mí no reza eso...

—Tal vez...

Entraron otros dos hombres en la taberna.

Uno era Pancho Arloy, un negro...

Este hombre cuando podía evitaba las pendencias, pero si le provocaban hacía frente al adversario.

El otro hombre que vino a sentarse solitario en una mesa, era Jaime Newman, un ex marino que deseaba volver al mar, para poner un desenlace trágico al drama que llevaba en el alma.

Sus facciones tristes, su rostro cansado indicaban un hondo sufrimiento interior. En sus ojos resplandecía una llama que podía ser de consunción o deseo de venganza.

En aquellos momentos atracaba al muelle de San Francisco la regata “Captain Kid”.

Los tripulantes al verse en el puerto saltaron desesperadamente del barco con un deseo de no volver jamás a él, y llevando aún en el corazón la visión siniestra del capitán Golder, un verdadero verdugo.

¡No, no... antes morir de hambre en un rincón que servir de nuevo en aquel velero de piratas!

Al verles correr dijo el segundo de a bordo al capitán:

—¡Cualquiera les echa un galgo a éstos!

—¿Y qué importa? A rey muerto... Cuídate de buscar otros hombres a los que podamos explotar...

—¡Déjemelo para mí!

Moran marchó hacia la taberna.

Cuando Larsson vió que atracaba el velero dijo con gran alegría:

—¡Es el "Captain Kid"!... ¡Negocio a la vista!... El capitán Golder querrá, naturalmente, nueva tripulación.

Moran llegó al establecimiento. Sonriendo le dijo al dueño:

—Necesitamos una tripulación completa,

querido Larsson... A ver cómo se las arregla usted para embarcar en cuanto descarguemos...

—No tendrá queja de mí... pero quiero comisión.

—¡Naturalmente!... Golder paga bien a los que le sirven...

Fernando avanzó hacia ellos y les dijo con aquella sonrisa de fe juvenil que iluminaba siempre su rostro:

—Yo quisiera embarcar en el "Captain Kid" señor Larsson... Usted puede ayudarme...

Moran le miró contemplando su robusta persona y la fuerza viril que respiraba aquel hombre.

—Admitido, desde luego, muchacho — le dijo—. A bordo somos como una familia... y el capitán Golder será un padre para ti...

El cura se había acercado a Fernando y le dijo en voz baja:

—¡No embarques en el "Captain Kid", muchacho! ¡No sabes lo que vas a hacer! ¡Golder es un verdugo!

Sonrió Fernando...

—No le temo a nadie, padre, ni a la muerte...

—¡No te fíes demasiado! ¡Créeme a mí!

Newman había avanzado hacia Moran y le decía con voz temblorosa, disimulada por aparente tranquilidad:

—¿Qué nombre ha dicho usted... el capitán Felipe Golder, del "Captain Kid"?

—El mismo.

—Pues yo embarco también si se me admite...

—¿Cómo no? Lo que necesitamos son muchos hombres...

Fernando adelantó hacia él y le dijo sonriente:

—¡Qué casualidad, amigo! ¡Vamos a ser compañeros!... ¡Eso hay que celebrarlo con unas copas!

—¡No... yo no bebo! — contestó Newman con siniestra expresión.

Y volvió a quedar solitario y melancólico en un rincón...

Era medianoche... La tripulación estaba ya

reclutada; unos de grado, otros por fuerza. Larsson era ducho en tales ardidés.

Los que por medio de engaños no cayeron en la celada de ir a un buque donde no se les pagaría, fueron obligados a ello por la fuerza del látigo o del vino...

Fernando ante aquellos procedimientos intentó protestar, manteniendo la idea de que todo hombre debe ser libre para ejercer su profesión, pero el "Cuervo" fué a armarle pendencia, dispuesto a cortar los humos del jovenzuelo.

¡No lo hubiera hecho en su vida!

Fernando le propinó una serie de formidables golpes que dejaron sin sentido al miserable.

Claro está que su esfuerzo resultó inútil pues Larsson listo como una ardilla condujo al buque a cuantos hombres quiso, emborrachándolos antes previamente.

Un grupo de sus cómplices se apoderó del reverendo Padre Reid y narcotizándole le llevó al velero.

¡Allá, en la fragata, podría hacer los sermo-

nes que le viniesen en gana! ¡El capitán Golder se encargaría de cortarle la lengua!

Llegados ya todos al barco, Fernando tuvo que convencerse de que se abría tal vez para él una vida de horror y de dolor.

¡Qué manera de reclutar a los hombres!
¡Igual que bestias!

María no había querido presenciar aquello y se encerró en su camarote.

Señor, ¿no acabaría nunca aquella existencia de crueldad y de dolor? ¡Ella que era todo bondad, todo amor... verse unida a un padre de tan sanguinarios instintos!

Entre los tripulantes había un pobre chiquillo de unos catorce años llamado John, que con falaces promesas había sido enrolado a la tripulación.

—¡No hay derecho a traer aquí a ese chiquillo! — protestó Fernando—. Esto es trabajo de hombres, no de criaturas.

—Compañero, no se meta en lo que no le importa — dijo Larsson que había ido a bordo a despedirles a todos.

Llegó el capitán quien pasó revista a los

nuevos tripulantes... Algunos como el cura se hallaban encerrados en la bodega... Al día siguiente al despertar se encontrarían para siempre privados de libertad.

Larsson le presentó a Fernando de quien dijo había vencido al "Cuervo"...

—Este es un hombre fuerte... de veras...

—¡Lo celebro!... ¡Aquí los necesitamos!

El "Cuervo" formaría también parte de la tripulación.

Fernando contempló con cierta repulsión al capitán. En su rostro se veían retratados todos los vicios... Pero, ¡ay!, la vida era tan dura que el joven se veía obligado para ganársela, a ir como tripulante en un barco de perverso historial.

Desapareció Larsson, y el buque levó anclas...

A la mañana siguiente, el "Captain Kid" navegaba ya lejos de la costa californiana.

El reverendo Reid despertando de su letargo se vió en la bodega acompañado de otros tripulantes.

Subió a cubierta y asombróse al verse en alta mar...

Pronto supo lo ocurrido. Le habían embarcado a la fuerza... Seguramente el autor era Larsson para quitárselo de encima.

Desesperado, deseando volver a San Francisco, acercóse al capitán Golder y le dijo:

—¡Se trata de una equivocación, capitán! Yo no sé cómo puedo estar en este buque... Yo soy el reverendo Pedro Reid... y en mi vida me pasó por la cabeza embarcarme...

El capitán rió a carcajadas.

—¡Hombre... hombre!

—Siento causarle a usted un perjuicio — dijo el cura — pero yo debo volver a San Francisco en seguida... Mi misión está allá...

Cesando de reír, el capitán le dijo con marcado desprecio:

—Conque un sacerdote, ¿eh?... ¡Yo le aseguro a usted que será un marinero antes del fin del viaje!

—¡Pero, capitán!...

—Aquí no hay más que una ley: la mía... ¡Ande a trabajar!...

Y llamando a Moran, su segundo, obligó a Reid a que se reuniera con los otros tripulantes que trabajaban desesperadamente como verdaderos galeotes, sobre cubierta...

—¡Puñado de gallinas! — dijo el capitán mirán道les asqueado—. ¡Tú, Moran, enséñales a todos el oficio, y el que no doble el espinazo... de cabeza al mar!

Entre los que trabajaban hallábase Fernando y también el negro Pancho enrolado por su voluntad.

Igualmente el pobrecito John, el adolescente, transportaba cuerdas y herramientas doblando su pobrecito cuerpo ante aquel peso superior a sus años. ¡Un verdadero crimen!

Pasó la mañana como en galeras...

Moran acercóse al capitán Golder y le comunicó:

—¡Hay un hombre desaparecido, capitán! ¡Le hemos buscado en vano por todas partes!

—¿Habría caído al mar?...

Volvieron a indagar sin hallarle.

Pero de pronto cuando el capitán se hallaba

en la bodega, vió reflejándose en un espejo a un hombre que salía de entre unos bultos.

Volvióse rápidamente y contempló al aparecido.

Al principio no le reconoció... Luego sus ojos chispearon heridos por la sorpresa.

El otro hombre le contemplaba con los brazos cruzados y una sonrisa de muerte en los labios.

—Pero... — dijo al cabo el capitán—. ¿Eres tú, Newman?... ¡Yo creía que habías sido sentenciado a cadena perpétua!

El otro contestó con voz silbante:

—¡Fuí indultado... después de quince años de presidio!

—¡Buena suerte!

—Ahora vengo a hacer justicia — dijo avanzando hacia él con el puño levantado.

—¿Qué quieres decir? — respondió el capitán Golder retrocediendo un paso...

—¡Habla, canalla! — gritó Newman apretando su mano—. ¿Dónde está mi mujer... dónde está mi hija?

—¡No... no sé... no sé nada de ellas! — contestó atemorizado el capitán.

—¡No mientas!... ¡Mientras yo purgaba el crimen que tú cometiste, tú raptaste a mi esposa y te la llevaste en tu barco! ¡Mal amigo, traidor! ¡He de darte muerte si no me dices dónde están!

Golder, pálido de terror, le miraba con los ojos extraviados.

¡Oh, aquel hombre surgía para su martirio! Era una historia vieja y terrible...

Muchos años antes, Newman era capitán de una nave y Golder, su segundo. Los dos eran muy amigos...

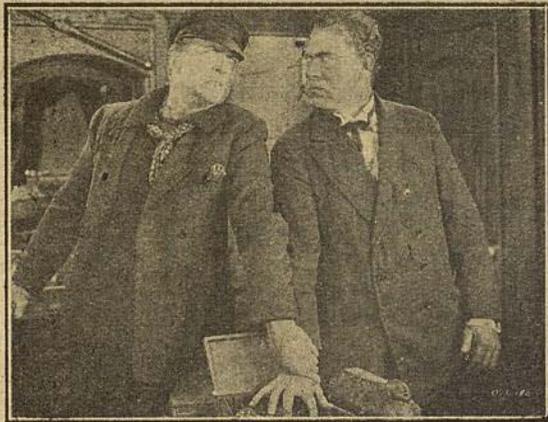
Una vez, en cierta taberna, Golder asesinó a un hombre y con el deseo de librarse de toda responsabilidad, dejó su cuchillo ensangrentado en el bolsillo de Newman que fué acusado del crimen.

Luego se apoderó de la mujer de Newman y de una niña recién nacida y huyó con ellas hacia el barco cuyo mando tomó.

Atmaba a la esposa de su amigo... Era vil y traidor en todos los sentidos posibles.

Y cuando creía encerrado para siempre en presidio a aquel hombre, he ahí que resurgía como una aparición infernal.

La esposa de su amigo había muerto y Ma-



—¿Dónde está mi mujer?..

ría, la hija, la muchacha, era considerada por todos como hija de Golder... Para ocultar su delito Golder seguía aquella comedia, respetando a la joven como una hija.

María creía también que su padre era el terrible capitán...

Todos estos recuerdos asaltaron en aquel instante a Golder quien se puso a chillar con un terror casi infantil.

Newman le miró con profundo desprecio:

—¡Grita, hombre, grita! — le dijo—. ¡Pide socorro!... ¡El terrible capitán Golder chillando como una mujercita!

Apareció María, pálida y hermosa en su terror.

Al verla, Newman dejó al capitán y quedó contemplándola con emoción profunda.

¡Oh, aquella hermosa joven! ¡Era el vivo retrato de su madre y no le cupo la menor duda de que era la hija raptada tan miserablemente!

—¿Quién es usted? — dijo la joven, espantada al ver que un desconocido se atrevía a atacar la persona del capitán.

—¡Dígale quién soy! — gritó Newman.

Pero Golder, pálido, rogó a María:

—¡Te ruego que te vayas, María! ¡Nada

ocurre! ¡Un pequeño incidente! Vamos a hacer las paces...

Y la acompañó hacia fuera de la estancia... Newman ya no tenía aquel furor retratado



Apareció María, pálida y hermosa en su terror...

en sus mejillas. La vista de María le había causado un deleite único, un extraño anhelo...

Volviéndose hacia Golder le dijo:

—Ésa muchacha es mi hija, ¿verdad?... ¡Es mi hija!

—¡Corre a decírselo! — dijo Golder estallando en siniestra carcajada—. ¡Se sentirá orgullosa de ser la hija de un presidiario!

Aquellas palabras hicieron ver a Newman todo el horror de su situación. ¡Estaba deshonrado! ¡Su hija se apartaría de él con horror, creyéndole culpable!

Recobrando ya su tranquilidad el capitán añadió:

—De modo que te has embarcado para estar cerca de mí, ¿eh? ¡Muy bien! ¡Procuraremos hacerte agradable el viaje!

Llamó a Moran y a otros hombres.

Newman nada decía... En un instante había perdido su furor, sus ansias de muerte.

¡El que era un hombre puro e inocente, presentarse ante su hija como manchado por la blusa del presidio!

¡No, no!... Su sangre se avergonzaba de ello... y prefirió callar, esperar, someterse al yugo y buscar una ocasión propicia...

—¡Aquí está el hombre que se había per-

dido! — dijo Golder a su segundo—. ¡Que ponga a trabajar como los demás!

Newman salió y fué obligado a reunirse con los otros tripulantes...

El capitán salió a cubierta y dijo a Moran con su risa sarcástica de hombre infame:

—Me dice el corazón, Moran, que volveremos a San Francisco con un hombre menos...

* * *

Pasaron algunos días...

Cada vez el trabajo se hacía más extenuante, más abrumador... Y por todo alimento un rancho, una bazofia horrible...

El buque iba a tomar carga a un lejano puerto.

El negro Grey cuidaba de las cuerdas, subiéndose a los palos, y era el único que conservaba su buen humor entre la tristeza y el rencor general que a todos unía...

El sacerdote se veía obligado igualmente a trabajar y era uno más en la lista de condenados...

No tenían apenas descanso...

La mirada constante del capitán, de Moran

y del "Cuervo" les privaba de todo reposo...
¡Y si al menos les pagasen!

Pero sucedería lo de siempre... Terminado el viaje, les negarían el salario, y los desdichados, por el deseo de alejarse de aquellos demonios, renunciarían a él.

Fernando maldecía ya la hora fatal en que enrolóse en el velero...

Una sola nota sentimental y bella, como una flor en una charca, le hacía algo tolerable la vida.

¡Era María, la hija del capitán!

Había hablado con ella algunas veces, siempre por poco tiempo...

Pero las palabras que cruzaron fueron delicada malla que unió sus corazones con la misma alegría de la juventud.

¡El Amor surge en todas partes!

La muchacha se complacía en pasar a menudo por su lado procurando reservarle algún alimento que supliera el escaso manjar de los tripulantes...

Y él le agradecía con toda su alma aquella atención delicada, finísima y bella de amor...

Por parte del capitán, de Moran y del "Cuervo" se aumentaba la tiranía y los castigos contra los tripulantes.



...las palabras que cruzaron fueron delicada malla que unió sus corazones...

Por el menor descuido, por la más leve falta eran objeto de castigos terribles, atados a un poste y apaleados rudamente.

Y no había esperanza de libertad, y el velero iba alejándose cada vez más.

Un día, quien sufrió las iras brutales de Golden, fué el pobrecito John, el adolescente pálido a quien su mala estrella condujo entre los tripulantes.

El chiquillo no obedeció cumplidamente una orden del capitán y éste disparó contra él hirándole de gravedad.

Aquella pobre sangre del niño, derramada inocentemente, causó a todos los tripulantes una indignación feroz.

¡Se habían embarcado en un barco pirata, de bandidos! ¡Allí iban todos a morir!...

Newman, ceñudo y grave, seguía paseando su infortunio... Veía a veces a María por la cubierta y la contemplación de aquella mujer que era sangre de su sangre, le emocionaba.

Una vez se acercó a ella y la preguntó:

—Una cosa, joven... ¿Dónde está su madre?

María le miró extrañada y dijo:

—¡Murió... hace tiempo!

—¡Pobrecita!

Y quedó conmovido.

—¿Por qué lo preguntaba usted? — dijo ella con ternura.

Procurando ocultar su turbación, respondió:

—Es que yo... yo... la conocí mucho...

—No me acuerdo de ella... Murió cuando yo era muy pequeñita...

Newman volvió a su trabajo.

Entretanto, los tripulantes, enfurecidos ante el espectáculo del pobre niño herido, parecían querer adoptar trágicas y definitivas actitudes.

—¿Es que vamos a esperar así con las manos cruzadas, a que nos asesinen esos bandidos? — decía Fernando.

—¡Todo antes que consentir esa infamia! ¡Vamos con ellos!

Pero Newman les cerró el paso diciéndoles con la persuasión del hombre superior:

—¡No hagáis tonterías! ¡El capitán y los dos oficiales están armados! ¿Qué podéis vosotros contra sus revólveres?

—¡Tenemos puños!

—¡No es esta la ocasión! ¡Creedme! ¡Si fra-

casáis, moriréis colgados del palo mayor!

Fernando había sido uno de los más entusiastas partidarios de lanzarse a la sublevación, lamentando sólo tener que combatir contra el padre de María... Pero, ¿qué hacer si aquel hombre era un tirano indigno de ser padre de una criatura tan delicada y noble?

—Tal vez tenga usted razón — le dijo a Newman.

—Sí, la tiene — dijo un tripulante—. Si te pegan un puñetazo te pones una nariz postiza, pero si te ahorcan, te quedas ahorcado para toda la vida.

—¡Esperemos el momento oportuno! ¡Ya llegará!

Obedecieron aquellos hombres con la docilidad de las masas, prontas a seguir a un director, a un caudillo.

Y fueron a ver al pobre John, el niño gravemente sacrificado a las genialidades del capitán.

—¡Está gravemente herido! — comentaron.

Y ante la vista del niño que iba muriendo en agonía lenta y dolorosa, alguien gritó:

—¡Es preciso hacer algo para impedir de nuevo semejantes salvajadas!



—Murió cuando yo era muy pequeña.

—¿Qué vamos a hacer nosotros? — contestó otro tripulante—. Ellos tienen en sus manos la única ley que vale a bordo: la de la fuerza... ¿Qué podemos hacer?

Y todos en voz baja esperaban el instante supremo en que llegaría su liberación.

El instinto de reptil del "Cuervo" se ponía una vez más de manifiesto en aquellos dramáticos momentos.

"Cuervo" fué a hablar con el capitán y con el segundo, y les comunicó:

—Ese Newman está tratando de amotinar a la gente... ¡Yo le he visto!

—¡Ah, el bandido! — gritó el capitán.

—¡No estaría de más que le diesen ustedes una lección!

—¡Sí... y una lección severísima!...

Iba haciéndose de noche... Un cielo hermosamente bañado de luna parecía iluminar una escena de paz y no aquel dolor del velero navegante...

Fernando se hallaba sobre cubierta gozando de unos momentos de tranquila libertad.

Acercóse María y le dijo con dulce acento:

—¿Qué hacía usted aquí?

El se volvió sorprendido, y contestó:

—¡Estaba contemplando la luna!... ¡Es la

novia de los navegantes... a falta de otra mejor!

La muchacha sonrió y le envolvió en una mirada cariñosa, lánguida, suave...

Y le dijo:

—Usted parece bueno, Fernando... ¿Por qué se embarcó entonces en este barco? Desgraciadamente aquí sólo hay hombres de malos instintos, hombres feroces...

—La vida lo quiso así — respondió el marinero—. Pero es que tenía el presentimiento de que usted existía y que necesitaba un verdadero amigo a bordo... Yo lo soy de usted... También comprendo que su alma no puede sentirse feliz entre esa gente...

—Es cierto... pero mi padre...

—¡Su padre!

No quiso decir más porque habría tenido que insultar al feroz capitán, que a nadie respetaba y cuyas manos estaban tintas en sangre...

María se despidió de él con una gran tristeza en los ojos... ¡El espectro del que creía su padre, la martirizaba!...

¿Era posible que aquel hombre tan bajo fue-

ra el ser a quien debía respeto y amor, el ser que la había creado?

El siguiente día amaneció sereno.

El viento, jugueteón, hinchaba las velas del "Captain Kid", bien indiferente al volcán que se iba formando en el seno del navío.

El niño John seguía gravísimo. . . Con los ojos vidriosos parecía ya esperar la llegada inminente de la muerte.

—¡Madre... madre! — seguía gimiendo entre las angustias de su agonía...

María fué a verle prodigándole sus ternuras de madrecita...

También los tripulantes se agrupaban ante la puerta viendo el doloroso fin de aquel chiquito inocente.

—¡Agua... agua! — repetía el infeliz.

Llegó el capitán quien apartando rudamente a los demás hombres, les dijo:

—¡A trabajar todo el mundo! ¡Al que se resista, vive Dios que le mato como a un perro!

El capitán quiso obligar a su hija a apartarse de allí, pero María, que ignoraba que su

padre era el que había dado muerte al pequeño, se negó:

—El pequeño necesita cuidados constantes: su vida está en peligro.

Todos se marcharon.

No respondió Golder y alejándose de allí dijo a los tripulantes que se agrupaban en cubierta:

—¡El que quiera morir, que entre!

Nadie se atrevió a ir allí.

John pocas horas después moría...

Por la tarde fué echado al mar yendo a caer su pobrecito cuerpo inocente y joven en el fondo del océano para pasto de los peces.

Aquella ceremonia resultó impresionante...

La muerte es tanto más dolorosa cuanto más joven es el que la sufre...

Y toda la tripulación sintió vivísimo dolor ante el fin del muchachito.

Fernando y Newman eran los que daban ahora mayores muestras de indignación.

¿Pues qué? ¿Así se acababa la vida de un muchacho sin que hubiera una sanción, sin que se hiciese justicia?

—¡Juro que ese canalla ha de morir en mis manos!—rugió Newman, desesperado—. Hasta ahora me he contenido... En adelante no



...quiso obligar a su hija a apartarse de allí.

podré... Yo tengo que vengar en él cuentas antiguas...

Moran sorprendió la conversación y fué a comunicarla al capitán Golder.

—Me parece que vamos a tener pelea... La tripulación está a punto de sublevarse.

—¡Los canallas! — rugió Golder—. Después que comen a mi costa...

—Newman es el promotor...

—¡Newman! ¡Siempre el mismo! ¡Creo que ha llegado el momento de hacer un escarmiento con él!

—¡Sería preferible!

—¡Pues óyeme! ¡Voy a hablarle!... Tú te colocas detrás de él y encañónale bien tu pistola... Yo te avisaré cuando hayas de disparar...

—Entendido, capitán...

—Y que no falle la puntería.

El capitán llamó a su enemigo:

—¡Newman... ven aquí!

Avanzó el aludido hasta la cámara de Golder...

María había entrado en la estancia y contemplaba la escena.

El capitán dijo a Newman:

—¡Estás detenido desde este momento!

—¿Yo? — rugió Newman.

María dió un grito al observar algo que le llamó poderosamente la atención sentía por Newman gran simpatía desde la vez en que él se interesó por su madre.

—Newman... Newman — le dijo acercándose a él—. ¡Mire... mire detrás de usted!

Volvióse rápidamente y vió a Moran que ocultaba con todo cuidado su revólver.

Al grito de María se habían asomado ante la puerta los demás tripulantes quienes al ver en peligro al que llamaban ya su caudillo quisieron entrar para luchar contra el capitán.

Newman les detuvo con una sonrisa:

—¡Quietos, muchachos, quietos! — les dijo—. Os matarían como al pobre John.

Los tripulantes mandados por Fernando se alejaron y también María se alejó, después de ser recriminada duramente por el capitán...

—¡Y no intervengas más porque te castigaré de veras! — le gritó al verla salir.

Ella hizo un movimiento despectivo. ¡Qué padre aquél!

Newman la miró con indescriptible amor. ¡Y no llegaría el instante en que pudiera hablar

libremente y salvar a María de tanta infamia!

—¡Ahora quedarás detenido en la bodega! — le gritó el capitán—. ¡Y veremos quién será el guapo que se atreva a sacarte de allí!

Newman se echó a reír.

—Espero que la tripulación — dijo — no tardará mucho en amotinarse de veras...

—Cuando eso suceda, tú morirás... ¡Y a mí no me pasará nada! ¡Soy un capitán de barco que condena a muerte a un sedicioso!

—¡Perro!

—¡Pero mientras eso no llegue, vas a sufrir un poco!

Y a una orden suya. Moran y "Cuervo" le llevaron a la bodega y le ataron a un poste con los brazos en alto.

Luego le azotaron despiadadamente y se marcharon deseando buscar una muerte refinada para el luchador.

¡Horas de suplicio, horas de inmensa pena!...

Newman se veía preso, tal vez próximo a morir... y sin poder tener la inmensa alegría de besar a su hija, de hacerse reconocer como su padre...

En contraste con su dolor presente, volvía a su imaginación el pasado, la evocación de las horas dichosas de su vivir.

Y recordaba como su esposa muchos años antes parecía presentir ya aquella tragedia.

—¡Newman! — le había dicho ella un día. — Ese Golder no me inspira confianza; me parece que no te quiere bien...

Pero él contestaba con la tranquilidad del hombre que cree en la bondad ajena:

—¡No digas eso, María! ¡Golder y yo somos amigos desde niños!...

Pero ella insistía, con un temor doloroso:

—¡Tengo miedo! ¡Su mirada no es la de un hombre de bien!...

—¡Te equivocas, créeme!... Golder es tan buen hombre como buen marino, y por eso he hecho de él mi segundo.

Pero María había previsto la realidad...

Golder resultó el canalla más grande de la tierra.

Tras aquella pendencia en la taberna, acusó a Newman, su mejor amigo, como autor del asesinato...

Y Newman recordaba el momento doloroso de cuando vinieron a detenerle. Y luego el suplicio de las interrogaciones, de los juicios, teniendo que luchar contra pruebas que eran abrumadoras...

Después, la condena de prisión perpetua... y otra condena aun más terrible para su alma...

Se la vino a notificar un día un antiguo

compañero que no le había abandonado en la desgracia.

—¿No sabes? ¡Golder ha raptado a tu mujer... y a tu hija! ¡Y se las ha llevado al velero del que ya es capitán!

¡Terrible dolor! ¡En vano escribió cartas, pidió noticias! ¡Nunca ni una contestación!

Y allá, pudriéndose en la horrenda celda de la prisión, pasó los años, viéndose inocente y condenado, y pensando qué habría sido de su pobre y honrada María y de aquella niña pequeña y buena que era su hija...

Quince años después llegó el indulto...

Al verse en libertad, tuvo únicamente un pensamiento: buscar a los suyos, encontrar al capitán.

Y he ahí que daba con él en una taberna de San Francisco y se enrolaba en su barco...

Allí descubría a María, a su hija... pero, ¿cómo presentarse a ella y confesarle que era su padre?

Con el temor de que ella descubriera que era un presidiario había ido retrasando el castigo del capitán.

Y éste ahora le mandaba detener y le azotaba... y tal vez le diese muerte.

¡Oh, no, no! Ahora se arrepentía de no haberse sublevado antes. Estaba convencido de que la tripulación se levantaría en armas para sacudir la nefasta tiranía.

Y no se equivocaba.

Fernando acababa de excitar a los marineros a que luchasen contra el capitán y los oficiales.

—¡No son nuestros superiores, son unos miserables a los que hay que castigar!

No le importaba ya que María fuese hija del capitán; era preciso para bien de todos suprimir a aquel animal dañino.

Y enloquecidos de furor, prontos a romper las cadenas que les apresaban, empezaron la sublevación.

Comenzaron a dar grandes gritos sobre cubierta, anunciando su anhelo de liberarse lo antes posible.

Fernando dirigía el movimiento.

Moran acababa de ver a los tripulantes abandonar el trabajo y avanzar con los puños en

alto y los más siniestros propósitos en los rostros.

Corrió a comunicar al capitán, que estaba bebiendo una botella de vino, la exaltación de que daban muestra los marineros.

—¡No hay un minuto que perder! ¡La tripulación se está amotinando! — le gritó Moran.

—Defiende tú el puente... — le dijo el capitán entre los ardores de una embriaguez pronunciada.

—¡Acompáñame!

—¡No, yo entretanto haré la última visita a nuestro prisionero!

—¡Mátalo!

—¡Sí... pero antes quiero vengarme de modo más positivo!... ¡Voy en seguida en tu ayuda!

Moran corrió hacia el puente acompañado de "Cuervo".

Este fué rodeado por los sublevados.

Al ver a la turba amenazadora le dijo enfurecido:

—¿Por qué gritáis? ¿Así es cómo pagáis lo

que por vosotros hace el capitán Golder?... ¿Y qué dirá Larsson que os enroló y que creía que érais gente de confianza?

—¡No bromees! — le dijo Fernando—. ¡Tú sabes bien que esto es una cueva de bandidos!

—¿Lo dices por ti? ¿Por ti, canalla? ¡Ya te conozco! ¡Y aun tengo que vengar cierto golpe!

—¡Ven por mí! ¡Te espero!

—¡Cobarde! ¡Vas acompañado!

—¡Tú y yo solos! ¡Pronto!

—¡No te temo!...

María apareció en la cubierta...

Los dos se lanzaron con arrojo sin igual uno contra otro y comenzaron un tremendo combate en el que Fernando recibió formidables golpes... María quiso separarlos. Pero luego el joven se rehizo y el "Cuervo" fué vencido y echado por la turba al mar.

Había caído ya uno. ¡Ahora hacia el puente!

* * *

Mientras tanto, el bárbaro capitán Felipe Golder se había dirigido a la bodega donde estaba aprisionado el desdichado Newman.

Al verle le insultó ferozmente, de un modo interminable.

Newman no contestaba...

Sus ojos contemplaban la estancia y a veces levantaba la cabeza al escuchar las pisadas de la sublevación que venía.

—¿No dices nada? — le gritó el capitán abofeteándole—. ¿Eh? ¿No sabes que vas a morir?...

—¡Perro! — gritó Newman—. ¡No me das temor!

—¡Éstá bien! ¡Vaya con el hombre valiente! ¡Has de saber que nadie puede venir en tu ayuda y que yo he decidido matarte!...

—¡Hazlo pronto!

—Antes has de saber cosas interesantes...



...Fernando recibió formidables golpes...

cosas que te amargarán aún más... y te irás al otro mundo más carcomido aún por el odio...

María, que había huído de la cubierta donde

la sublevación presentaba aspecto feroz, oculta en la bodega escuchaba aquella terrible conversación.

¿Qué secreto separaba a los dos hombres haciéndoles odiarse a muerte? ¿Si lograrse averiguar!...

El capitán dijo de pronto:

—Voy a hablarte de tu mujer...

Newman permaneció impasible.

—¿Ves? Ahora me siento generoso... quiero confesártelo todo... antes que te mueras... Tenías razón. ¡Fuí yo quien asesinó a aquel hombre en la taberna! ¡Yo el que te acusó de su muerte! — gritó el capitán.

—¡Asesino!

—Además... rapté a tu mujer y a tu hija, María.

La muchacha se estremeció en su escondite.

Una nueva realidad se puso ante sus ojos...

¡Dios mío! ¿Qué secretos se descorrían en su vida?

—Me las traje conmigo a bordo, ¿sabes?... ¡Aquí hacía falta una mujer!

El desgraciado se movió dentro de sus li-

gaduras, deseaba romperlas, lanzarse contra aquel bandido que aun se jactaba de su crimen.

—¡Me cansé pronto de ella! — siguió di-



—*¡Fuí yo quien asesinó a aquel hombre en la taberna!*

ciendo el capitán Golder—. ¡Me aburría on sus lloriqueos! ¡Ella te añoraba, chico!

—¡Perro! ¡Bandido! — repetía el infeliz.

—Cálmate, aun has de escuchar el resto de la historia.

Y prosiguió:

—Afortunadamente sólo tardó un mes en morir... ¡Se murió de pena y de rabia!

—¡Lo sabía!

—¡Y tu hija... esa muchacha que viene en el barco... me llama padre!

No le había dicho nada nuevo, pero Newman había sufrido nuevos dolores al recordar otra vez la espantosa tragedia.

María no quiso escuchar más...

Fué a cubierta.

Sabía ya quién era su verdadero padre y una inmensa alegría dilatava su alma.

¡Oh, no era el capitán Golder, aquel malvado que sembraba la muerte por doquiera, aquel infame que había raptado a María, a su madre y condenado a Newman al horror de un presidio inmerecido!

Deseaba ahora luchar también, temerosa de que el capitán cumpliera rápidamente sus amenazas con su traicionado amigo.

En la cubierta había seguido la lucha...

Moran en el puente se defendía bien...

Iba anocheciendo...

La joven se acercó a Fernando y le comunicó el terrible descubrimiento que acababa de hacer.

Era preciso ir a salvar inmediatamente al prisionero.

Fernando con varios tripulantes corrió a la bodega mientras los demás, armados con palos, pretendían apoderarse del puente que defendía Moran a tiros de revólver habiendo ya dado muerte a varios sublevados.

El reverendo Reid rogaba a Dios por el triunfo de aquella sublevación que debería acabar con una infame tiranía.

—¡No retrocedáis! — les decía—. ¡La justicia está con vosotros!

Y les animaba a vencer o a morir.

Fernando entró en la bodega comenzando a luchar con el capitán que loco de furor logró escapar hacia cubierta...

Luego María corrió a desatar a Newman que cayó rendido; pero tomando pronto ánimos, dijo:

—¡He jurado que ese hombre moriría en mis manos! ¡Y voy a hacerlo!

Salió también a cubierta...

El espectáculo era imponente...



...cayó rendido...

Los revolucionarios habían conseguido asaltar el puente y vencer a Moran acabando con su vida...

El capitán pretendió huir pero fué seguido

por Newman que corría inflamado del espíritu de venganza.

María le espiaba con su puñal... Pero adelantándose Newman se lanzó contra el capitán.

¡Lucha tremenda entre aquellos dos hombres... lucha atroz!

La justicia se hizo al fin.

Newman cayó sobre él y le dió muerte...

Luego lanzó su cadáver asqueroso al mar.

¡Allá... allá... con sus víctimas... con el pobrecito John cuya juventud había cercenado el miserable!

Y todos lanzaron un gran grito de júbilo al ver que la sublevación había triunfado...

* * *

El segundo oficial fué también hecho prisionero...

Pero este hombre había sido el único que no había intervenido jamás en las persecuciones de los tripulantes y por ello le perdonaron la vida...

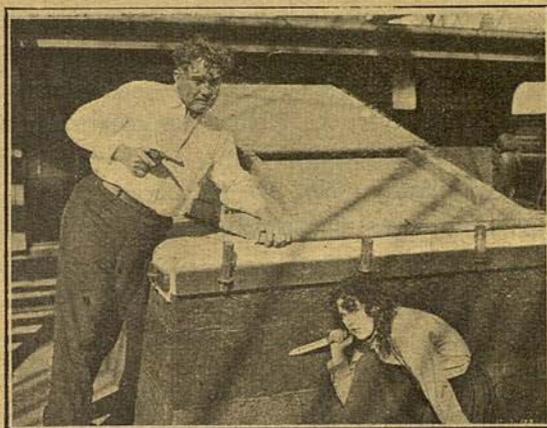
Además tuvo un gesto de nobleza que le valió la simpatía de todos.

Sí, sí, también él estaba harto de todo lo que venía sucediendo desde tiempo inmemorial en el velero... Y daba gracias a Dios de que hubiese acabado la insufrible tiranía.

—¡Yo os prometo decir la verdad a las au-

toridades — dijo — y virar ahora en seguida en redondo hacia San Francisco!

Y así lo hizo...



María le espiaba...

Y en la fragata volvió a reinar la paz y el amor...

Newman, tras el intenso combate en que había vengado su honra atropellada, consideraba

llegado el instante de darse a conocer a su hija.

Eso le daba cierto temor... ¿Le creería la pequeña?

Acercóse a ella que le miraba con una ternura ya filial.

—¡Niña, María — le dijo—, yo quisiera decirte un secreto!... ¡No debes odiarme porque he matado al capitán!...

—¿Odiarte? ¡No, yo no puedo odiar al hombre que es mi padre!

—¿Tú padre? Entonces... ¿es que tú ya sabes?

—¡Lo escuché todo, padre mío! ¡Yo sé lo que el miserable Golder os hizo sufrir a ti y a mi madre!...

—¡Hija mía! ¡María!

Cayó en sus brazos...

Los tripulantes, enterados en seguida de lo sucedido, dieron grandes muestras de júbilo al ver el abrazo cordial y efusivo de los dos.

E inmediatamente proclamaron todos a Newman nuevo capitán de la nave.

Ya que lo había sido mucho antes, justo era que se le volviera a nombrar.

Para María aquella jornada debía ser gloriosa, inolvidable...

Tras el descubrimiento de quien era su verdadero padre, un hombre todo bondad, todo cariño y efusión, algo también muy interesante debía ocurrirle.

Fernando fué a su encuentro y se la llevó a pasear por cubierta gozando de la esplendor azul de un mar sereno.

—Yo también quisiera decirle algo — murmuró él.

María le miró con una mirada ardiente, de suave cariño...

Comprendía... Sabía lo que iba a decirle. Pero calló...

Y el joven prosiguió:

—Fué algo providencial que viniera a reunirme con usted... en este barco... En él he sufrido mucho, pero en él he encontrado una amable compensación...

—¿Sí? — dijo sonriendo.

—María... si usted quisiera... esos días de

dolor se convertirían para mí en algo único, sublime... porque en ellos habría encontrado a la mujer que pudiera hacerme feliz...

María bajó los ojos.



El viaje transcurrió feliz...

—¡Y esa mujer eres tú, María! — siguió diciendo él, animándose—. ¡Tú que eres la dueña de mi corazón!

Ella sonrió y unió sus labios a los de él y abrazáronse tiernamente.

—¿Y nos casaremos pronto, Fernando? — exclamó ella, sonriente.

—¡Sí!

El padre Reid contemplaba desde lejos la dulce escena... Acercóse Newman y le dijo:

—Creo que pronto habrá trabajo para usted, padre Reid...

¡Y vaya si lo hubo!

El viaje transcurrió feliz... Los dos novios se arrullaban...

* * *

Y al llegar a tierra se casaron.

Y floreció para ellos la nueva vida y sobre el dolor triunfó la clara aurora del cariño, verdad eterna...

F I N

SE HA PUESTO A LA VENTA

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

la bellísima novela

EL DESTINO DE LA CARNE

por el coloso de la pantalla

EMIL JANNINGS

MAGNIFICA PRESENTACIÓN



NO DEJE DE ADQUIRIRLA

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
MADRID